

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DIVORCIOS. — CRÍMENES. — LOS COCHEROS.

LA EDUCACIÓN NACIONAL

Me ha parecido curiosa la indagatoria realizada por un periódico francés para saber á qué atenerse respecto al matrimonio y al divorcio; periódico partidario de que el divorcio se conceda sin necesidad de fundamentos jurídicos, sólo por el consentimiento mutuo de los contrayentes, y hasta por la voluntad y ruego de uno solo. Mucha gente conocida francesa ha respondido á las consultas, y estas contestaciones, en tan grave asunto, son, sin género de duda, un síntoma importante, digno de tenerse en cuenta, á pesar de que la mayor parte de los diputados y senadores interrogados se han abstenido de contestar, recelosos del compromiso que la respuesta había de crearles.

A Poincaré, diputado, no le asusta el divorcio por mutuo consentimiento en la ley, una vez que se halla establecido en las costumbres. En cambio se opone al divorcio por voluntad de uno solo. Jorge de Portoriche lo admite por voluntad de uno, de dos y, sobre todo, de tres. Al hacer esta profesión de fe añade: «Y adviértase que yo estoy casado y soy feliz desde hace veinte años.» Enrique Regnier encuentra lógico el divorcio por voluntad de dos ó de uno, aunque cree que será delicada y difícil la aplicación de esta ley. Jorge Renard supone lo mismo, pero con restricciones todavía mayores, y obligando al cónyuge que rompa el matrimonio, si es rico, á asegurar al otro la subsistencia. Julio Renard, también casado y dichoso en su matrimonio, se estremece ante la hipótesis de vivir con una mujer á quien no amase, aunque tuviese de ella más hijos que engendraron los patriarcas de la Biblia. Gustavo Rivet, diputado, declara que cree, como Rousseau, que «el ser humano es dueño de sí mismo.» J. H. Rosny va más lejos: en su indignación contra el matrimonio según hoy existe, lo declara ignominioso, y opina que, mientras la ley no se reforme, nadie debe casarse. Marcela Tynayre dice que así como la ley no pregunta á los esposos por qué se unen, ni considera si están en condiciones de unirse, tampoco debe preguntarles por qué se apartan. Gustavo Toudouze entiende que el divorcio limitado y con «fundamentos» hace más daño que bien. Octavio Uzanne quiere el divorcio para redimir «al que ya no ama» del «suplicio de ser amado.» Emilio Zola proclama que la verdad, la belleza y la dicha consisten en la unión indisoluble, pero indisoluble por el amor, no por la fuerza legal. Julieta Adam no sólo condena el divorcio fácil, sino todo divorcio; y se declara arrepentida de haber sido partidaria de éste en otro tiempo. Beauguer, diputado, ensalza las ventajas del matrimonio *renovable* en plazos de tres, seis ó nueve años — como los votos que pronuncian ahora muchas órdenes religiosas. Julio Case escribe que no caben términos medios: ó el matrimonio indisoluble, ó el divorcio libre. Chastenet, diputado, indica la necesidad de una reparación á la mujer, caso de divorcio, como compensación de «cierto capital, de especial índole, que aporta al matrimonio,» lo cual no reza con las viudas. Henry Coulón, abogado, se declara ferviente partidario del divorcio por consentimiento mutuo. Delpesch, senador, afirma que la unión está disuelta desde que falta la concordia. Luciano Descaves se admira de que el divorcio libre no esté ya establecido. Eduardo Estauné lo considera de «mero sentido común.» Gerville Reache, diputado, está

conforme. Pascual Grounet, diputado, lo conceptúa de derecho humano, y se escandaliza de que ya no venga practicándose, por costumbre inmemorial, siquiera en los matrimonios sin hijos. Abel Hermant, condenando el divorcio por voluntad de un solo cónyuge, lo aprueba cuando hay mutuo consenso. Juan José Renaud cree que no tardará en ser ley petición tan justa. Jorge Lecomte, á pesar de ver inconvenientes en el divorcio libre, lo prefiere á las farsas del divorcio «fundado.» Luciano Leduc, abogado, anuncia que el divorcio libre suprimirá una de las muchas mentiras convencionales de nuestra civilización; el presidente Magnaud lo considera humano y moral; J. Marni, lo mismo; Morinaud, diputado, declara que si el matrimonio se convierte en un infierno, nadie está obligado á sufrir el infierno en vida; y por último, Naquet entona un himno de victoria, porque ve que su idea se ha abierto camino y ya la llevan á sus consecuencias últimas.

Como se ve, las opiniones son radicales. Suprimo muchas por no incurrir en monotonía. Hay rasgos de originalidad: hay quien anhela que se establezca el divorcio por favorecer al matrimonio, para que la gente se case sin miedo. Este opinante asegura que, en la mayoría de los casos, la gente, ya unida y libre para desunirse cuando quiera, no se desune. Quizás no ande muy lejos de la verdad, si nos atenemos á los datos que arrojan las causas criminales en Madrid. Es frecuentísimo que aparezcan uniones ilegales consolidadas por la costumbre hasta un punto increíble. Dígalo el caso de la Lucrecia de la calle de Postas, de que hablé hace días aquí y que me parece muy significativo.

En Francia, como se ve, se estira la cuerda hasta romperla; en España se aprieta el lazo hasta ahogar. Aquí y allí se peca por exceso de radicalismo. Ahora ha vuelto el Jurado á dar en la flor de absolver libremente á los ciudadanos — esposos ó amantes — que se toman por la mano la venganza de sus celos ó agravios sexuales. Estos días ha salido á la calle, y hasta ovacionado, un esposo calderoniano que mató á puñaladas á su rival — en riña, lo cual le excusa plenamente, — pero apuñaló, bastante después, á mansalva á su mujer, acribillándola. El abogado defensor alegó costumbres y leyes de los griegos. Más cerca tenemos otras costumbres y leyes: la del tormento, las de los procedimientos inquisitoriales, las de la justicia feudal, etc., etc. Sin embargo, no pueden ni recordarse dentro de nuestra sociedad moderna, dentro de nuestro sentido jurídico. ¿Acaso es dueño el varón de la vida de la mujer? ¿Acaso la ley va á autorizar con su autoridad, á ninguna comparable, el derecho de vida y muerte de un individuo sobre otro individuo? ¿Por qué, si volvemos á tiempos bárbaros, no volvemos enteramente, y no abrazamos la lengua al blasfemo, y no extendemos el derecho de vida y muerte al padre sobre el hijo? Espanta pensar el atraso en que todavía se encuentra Europa, y — como decía el lego — particularmente nosotros.

La huelga de cocheros sigue, atenuada ya por el ingreso de muchos nuevos aurigas, que no conocen ó conocen mal su oficio. No ocurren, sin embargo, tantas catástrofes como podrían temerse, dada esta invasión de profanos en el arte. Lo peor es que no saben camino ni carrera. Los hay que para hacer un viaje desde la plaza de Oriente hasta el final de la calle de Ferraz, emprenden la vuelta por la Puerta del Sol. De todas suertes, se ha resuelto el problema. A los ocho días habrán estos nuevos cocheros aprendido «su Madrid» y lo recorrerán como si en la vida hubiesen hecho otra cosa. El oficio de aguador se aprende al primer viaje; el de cocherito simón, á pocos viajes; y no lo digo por desdenar á los simones, no; porque conviene recordar que ni los cocheros de casa grande asisten á otra universidad que los simones, ni muchos cocheros que vemos pavoneándose en el pescante de algún landó blasonado son sino los mismos que ayer bajaban la alquila y conducían parejas á las Ventas del Espíritu Santo. Es justo también que declaremos que los simones, poco prácticos en el oficio y todo lo que se quiera, guiando jamelgos resabiados que arrastran desvencijados vehículos, no ocasionan más desgracias, proporcionalmente, al cabo del año, que sus superiores jerárquicos los cocheros particulares.

Dura es la vida del cocherito simón, sobre todo en estos días de nieve, frío intenso, lluvia incesante y viento duro. Sirveles de abrigo, en ocasiones, el cafetuchito ó la taberna; pero hay sitios y horas en que no tiene refugio, como no sea la acera ó el quicio de alguna puerta, cuando no — aprovechando la ausen-

cia del parroquiano — el mismo coche. Esto no es correcto, lo reconozco; pero ¿quién tiene valor para enojarse si, al ir á entrar en la alquilona berlina, después de hacerla aguardar horas y horas á la puerta en una noche de nieve, se encuentra al cocherito agazapado dentro, dormido como un ceporro? ¿Se iba á helar ese pobre hombre en su asiento elevado? ¿Iba á tiritar contra el tablero de una puerta cerrada, única defensa contra la intemperie?

No quiere esto decir que tengan ó no tengan razón los huelguistas en lo que piden. Son cuestiones que, á no estudiarlas, no se conocen por adivinación, ni se pueden juzgar por impresiones, y menos por la impresión molesta de no encontrar coche fácilmente cuando se necesita. Lo único que digo es que la vida del cocherito de punto no carece de molestias. Y debo añadir otra observación reciente: los cocheros de punto van haciéndose menos groseros, más razonables en su proceder con el público. Ya no se equivocan tanto en contar las horas; ya no gruñen desmedidamente cuando la propina no está cortada á medida del deseo; ya han aprendido á dar gracias; ya no arman bronca con el parroquiano; en suma, van adquiriendo esa dosis de cortesía sin la cual no son posibles las relaciones comerciales, y que por error se cree aquí que ha de estar vinculada en las clases altas y ricas, cuando no hay situación en que de ella pueda prescindirse.

No es decible lo que mejorarían nuestras costumbres si esta idea cundiese. Un cocherito, un aguador, un mozo de cordel, una verdulera, pueden y deben, en su esfera, ser *personas bien educadas*.

Pero ¿acaso lo son los agentes de la autoridad? ¿Lo son los funcionarios de las oficinas? ¿Existe esa dosis, que juzgo indispensable, de buenos modales y complacencia, en ninguna dependencia del Estado? ¿No se ve en todas, junto al desaseo y al aspecto inhospitalario de los lugares, la impertinencia y la grosería en las personas? El suelo manchado, sin barrer, sembrado de colillas; las paredes ennegrecidas; los desvencijados muebles, ¿no son *esquemas*, representaciones gráficas de lo que pasa en el alma de los que se agitan en tal medio, y á quienes ni se les ocurre introducir allí, con la limpieza, la noción de la dignidad y de la cultura?

Mil veces me he entretenido apuntando rasgos de los agentes de orden público en la coronada villa. Les he visto, en el ejercicio de sus «funciones,» pegar sin compasión á los chiquillos y piropear intencionadamente á las mujeres. Una mañana, en la estación del tranvía, me dirigí á un agente requiriéndole para que hiciese que se cumpliera la ley: que la gente entrase por la plataforma de atrás y saliese por la de delante. Su respuesta fué (literal): «Sólo por no hacer lo que dice usted, salgo yo por donde se me antoja.» Y salió por la plataforma trasera, molestando á los que, cándidos, cumplían la ley y entraban por el sitio debido.

Otra vez que pregunté á un agente la dirección de una calle, me contestó iracundo: «¿No tiene usted ojos? ¿Cree usted que estoy aquí para eso?» Y estaba cruzado de brazos, sentado en un banco de una plazuela. Cuando me dirigí, no ya á un agente, sino á un inspector, para saber cuáles son las disposiciones legales en un asunto de su incumbencia, por poco me prende. Es de advertir que en cambio, si creen ó sospechan que la persona que les interroga puede ser relación de algún personaje, entonces, ¡oh!, entonces, es *podenco*...

No se llamen fruslerías. Cosas muy serias, porque no constituyen excepción, sino que forman la regla general, la atmósfera diaria, en la cual la ley pierde su acción, y el abuso es la normalidad, lo corriente y moliente.

Yo confieso que lo que me saca de quicio es ver pegar á las criaturas. No las educamos, pero las brutalizamos. Un día, á mi presencia — no en Madrid, — le soltaron tres horribles palos á un chico de siete años á lo sumo; sus gritos, sus ayes de verdadero acervo dolor me resonaron dentro del alma: mi hijo tenía entonces esa edad. Me precipité, y no sé qué le dije á aquel idiota. De seguro delinquí más que habría delinquido el chiquillo, porque desacaté á la autoridad cuanto desacatarse puede. Me hicieron saludos, me dieron excusas, me hablaron de lo malos y traviesos que son los chicos y me rogaron que no dejase sin pan á un padre de familia... ¡Padre de familia! El que había descargado sobre las tiernas carnes del niño desvalido aquellos latigazos feroces que acaso le costasen la vida ó la salud — la salud, único tesoro del pobre — tenía hijos.

EMILIA PARDO BAZÁN.